

# UN CARTUJO VICENSE

(1658 - 1682)

*A Dom Pedro Claver Serra, vicense en la Cartuja de Aula Dei, con el mayor agradecimiento.*

Ya que en la vida actual el tema de lo contemplativo de día en día cobra un área más extensa, y Trapa y Cartuja alcanzan una dimensión como no se había soñado a principios de siglo, queremos ocuparnos a vuelo de pluma de un alma completamente ignota, vicense por más señas, y que durante algún tiempo ha sido motivo de nuestras lecturas. El cariño que profesamos a la Cartuja nos lleva de la mano a decir breves palabras sobre quien fué singular en la contemplación. Otro día con más tiempo y noticias nos proponemos escribir extensamente de ese vicense. Hoy por hoy contribuyan esas líneas a darlo a conocer.

El 10 de agosto de 1658 nacía en Vich un niño. Nota su biógrafo que era un sábado, día dedicado a la Virgen Santísima. Fué bautizado en la Santa Iglesia Catedral el 12 del mismo mes, y se le impuso el nombre de Clemente. Fueron sus padres Jaime Riera, tejedor de lino, y María Juana. También se complace el biógrafo en lo siguiente: vino esa angelical criatura al mundo sin que su madre experimentara dolor alguno. El Canónigo Collell cree que nació en la calle de la Riera. De joven pasaba el día en el patio de su casa, y las primeras letras se las enseñó un tío dominico. Dormía con una piedra por almohada, y llevaba un cilicio y se disciplinaba. Quizá había en esto un recuerdo por el hijo del notario Enrique Argemir, ya que no hacía mucho se había cerrado el primer proceso de beatificación de San Miguel de los Santos. Se educó en la Schola Christi de la Catedral, y junto con algunos amigos tomó como director de conciencia a un sacerdote del templo catedralicio. En Vich estudió Filosofía y Teología, y luego pasa unos meses en Barcelona. De esa época datan las primeras tentaciones carnales, a las que tuvo que vencer con un bregar sólo comprensible en quien Dios Nuestro Señor se complace a manos llenas. De todo salió victorioso. En los últimos tiempos de residir en la ciudad natal se le conocen arrebatos místicos y el quedarse extático. Le descubren su vocación para la vida contemplativa, y escoge la Cartuja de Scala Dei. No lo saben sus buenos padres; y marcha sin decirles adiós. Poco pensaban los cartujos que les entrara un sol tan extraordinario, si bien se acordaban de otro vicense, Dom Onofre de Granollachs, hombre virtuoso y monje ejemplar, fallecido el 14 de septiembre de 1587, después de 31 años cartujanos. Nuestro Clemente Riera era la continuación sublimada de vida tan edificante. Mas lo superaba. Vistió el hábito el 17 de diciembre de 1676, y aumentan en el noviciado las tentaciones de Vich, amén de enfermedades que más o menos no le dejarán en los cuatro años que le quedan de vida. El demonio —o los demonios— le tientan día y noche. Le molestan, persiguen y atormentan a cualquier hora. No tienen sosiego y él no tiene descanso. Si el alma, no obstante esto, iba creciendo en los planos de lo íntimo con Dios, el mismo Dios le enviaba pruebas



El venerable CLEMENTE RIERA  
Cuadro pintado por Mariano Colomer en el s. XVIII (Museo Episcopal de Vich)

difíciles, sequedades, las agonías, por ejemplo, del moribundo para ver cómo salía de ellas. Quien después de morir será un monje que obre milagros en abundancia, en vida hace algunos. A Francisco Mestre, amigo suyo de Falset, en 1680 y estando enfermo, bastó que lo encomendara a Dios para que instantáneamente sanara, y eso que los médicos le daban unas horas. Monje que vive del espíritu de San Bruno, y extraordinario en su hacer íntimo, tan poco común, que tenemos, entre muchas, una prueba: hizo donación de las obras buenas que hiciera, igual que de los sufragios que después de muerto se le aplicaran a la Virgen Santísima para que los distribuyera entre las almas del Purgatorio. Cuando pasaba en su interior él mismo nos lo ha dicho en una página extraordinaria. Ello con los pocos escritos que nos han llegado testifican que nos hallamos ante un monje que vale la pena dar a conocer según el texto que más abajo se dirá.

En las témporas de Cuaresma de 1680 fué enviado a Vich, donde el Obispo de la diócesis, Jaime Mas, le ordenó de subdiácono. Al año siguiente, en Tarragona, llega al diaconato. Deben de ser de esta época los escritos místicos a que se refiere su biógrafo. Todo se ha perdido, menos alguna carta, y luego los cincuenta diríamos avisos espirituales que figuran detrás de la vida. Por ellos podemos ir siguiendo

paso a paso el desenvolvimiento de la interioridad de Dom Clemente. Y con lo que se ve en la biografía basta para convencernos que de haber alcanzado mayor edad y escrito más tendríamos a un escritor del temple o vigor de Santa Teresa o San Juan de la Cruz. Los cuales eran los únicos autores que leía junto con las *Sagradas Escrituras*, excepción de Bloisio, de manera particular en las meditaciones de la Pasión. Incluso estando enfermo se hacía leer a ese místico benedictino. Murió después de larga enfermedad en 1682, y fué enterrado en el cementerio monástico, allí donde en quinientos años no se había enterrado a nadie. Y al día siguiente empezó su fama. Quedaba el recuerdo, el ejemplo, la vida mística, los éxtasis que sus hermanos de hábito habían presenciado. Y empezaba la señal de que Dios estaba con él. Digamos unas palabras de los milagros. No figuran todos en la biografía. Su autor, que escribe por orden de los superiores, y amigo que ha sido de Dom Clemente, da noticias de los testificados por él o personas de veracidad. No van todos. Clasificados por nosotros, son: Apariciones, 15; apartar tentaciones del demonio, 2; curación de calenturas peligrosas, 28; dolores de cabeza muy agudos, 8; madres sin leche para criar, 4; poseídos del diablo, 4; niños en peligro de muerte, 2; tercianas, 2; curación de la vista, 1; llagas, 1; golpes dolorosos, 6; partos malos, 6; quebradura, 4; manos paralizadas, gota y tullidos, 6; dolores de muelas, 4; lluvia impetrada, 1; flatos, 1; auxilios a necesitados materialmente, 1; enfermedades raras, 6; enfermos del pecho, 4; personas con hinchazones, 3... Y aquella parte de la tierra tarraconense que forma la comarca del Priorato le tiene por intercesor. Bastaba sólo invocarlo; aplicar al paciente alguna prenda, la mayoría de veces un pedacito de hábito, para curar al momento. Y uno se dice: ¿por qué no está en los altares? Sin vanidad alguna es de creer que conocemos el espíritu, el alma diríamos, de orden tan escondida; y podemos afirmar que son contados los canonizados e interés muy poco se tiene que los miembros de esa ejemplar y austera religión suban a los altares. ¿No renunció Dom Clemente a los bienes espirituales que le tocaban después de fallecer? Igual, exactísimamente igual renuncia la Cartuja a lo que podría llamarse pública santidad. Vive en Dios, escondida en Dios; expía y padece ante Dios por el mundo. Quizá es la nota más sobresaliente y más conocida de nuestros amigos los cartujos. Ellos perdonen esas líneas.

\* \* \*

Queda por dar referencia de la biografía. La descubrimos hace seis años. Nos llamó poderosamente la atención en una librería de lance un ejemplar en papel de hilo, sacada la edición por el Canónigo Collell. El texto es de 1683, y quedó inédito. Providencialmente vino a conocimiento de su editor, que lo publica en 1893 (1). Es difícil hacerse con un ejemplar. En la Cartuja de Montalegre hemos visto algunos. Su autor fué el P. Joseph Llerins, monje de Scala Dei, y primer maestro y amigo carísimo de Dom Clemente. Sabemos poco de él. Torres Amat en su *Diccionario de Escritores Catalanes*, lo cree catalán. No podemos afirmarlo. Y lo decimos por el valor literario. Llerins, que murió el 25 de diciembre de 1717, escribe en una época en que el castellano anda apresuradamente a la decadencia. La francesada literaria apuntará pronto. En cambio, la obra rezuma de un cabo o otro un buen sentir, pose-

(1) Vida del Venerable Diácono Dom Clemente Riera, natural de Vich, Monje de la Cartuja de Scala Dei, escrito por un amigo y comprofeso suyo en 1683, y ahora dado a luz por vez primera con un Proemio por D. Jaime Collell, Canónigo. Subitana, 1893. 260 págs.

sión del idioma, estilo a ratos comparable a los escritores del 1600 al 1620 —los veinte años mejores, según el P. Juan Mir,— y rico en expresiones que a final del siglo iban a desaparecer. En las lecturas de esos años figuran anotados giros muy puros que hoy causan extrañeza. Si bien los catalanes de esa época lo poco que escriben en castellano es bastante correcto —tal el P. Muniessa, en la Cuaresma barcelonesa de Santa María del Mar,— es de creer que quien escribe con esa corrección, su sentir filológico, su dominio de la lengua es o bien de un catalán que se ha casado con habla distinta de la materna y la domina sin traicionarle su origen, o bien un castellano. Los papeles de Scala Dei desaparecieron en el siglo pasado; en lo que escribe Vallés (1) no hay ni media palabra para nuestro autor. Sea de ello lo que fuere, digamos que pureza hay en *per tanto*, en vez del moderno *por lo tanto*; *no obstante eso*, por *no obstante*; *por mejor decir*, por *mejor dicho*; *de cuando en cuando*, por *de vez en cuando*; *sin embargo esto*, por *sin embargo*; *no tuvo lugar de escribir* en frases: *ayer tuvo lugar*, francesa cien por cien. Mas dejado esto aparte, confesemos que lo singular de la obra es el contenido místico. Es una verdadera joya. Quizá es uno de los mejores libros que a ese viso hemos leído o descubierto en los últimos tiempos. A la par de la biografía está el plano espiritual de Dom Clemente, quien queda con toda su realidad, llama de amor viva y de extraordinarias vivencias que llevan al lector de sorpresa en sorpresa. Son páginas de lectura nada común. Creemos que quien las lea sentirá cariño por el texto y por el biografiado. En cambio, repetimos, poseer ese libro es difícil. En veinticinco años de tratar con libros de lance y catálogos nunca lo habíamos visto.

En 1958 se cumplirán tres siglos del nacimiento de tan insigne vicense. De aquí para allá, ¿no podría pensarse en una nueva edición? Por algo el Obispo Morgades escribe en la primera páginas del libro: «Concedemos 40 días de indulgencia a todos nuestros diocesanos por cada vez que lean u oigan leer, con espíritu de devoción algún capítulo o párrafo de tan edificante libro. 2 mayo 1893». No interesa solo a los vicenses —claro, ante todo, a los vicenses—; interesa al mundo de la literatura sobrenatural; sería un descubrimiento a quienes se dedican a estudios de mística; lo sería también para los que sienten la lengua. Deseamos que esa ansia se cumpla *por todo ese tiempo*; *lo deseamos viva y realmente*. Deseamos que Vich conozca a ese monje de la Cartuja de Scala Dei, allá en nuestra tierra, la primera que hubo en España. De ella fué uno de sus procuradores un antepasado nuestro, que a cien años de distancia aun debería de vivir de los éxtasis y milagros de Dom Clemente. El amor que de largo tiempo tenemos a la religión cartujana y a las ruinas de Scala Dei queda sublimado por un vicense que de ahora más llevamos en el corazón.

J. MIQUEL Y MACAYA.

(1) Jòseph Vallés. *Primer Instituto de la Sagrada Religión de la Cartuja*, 1792. Barcelona.